

CUANDO SEA LEVANTADO EN LO ALTO TODO LO ATRAERÉ HACIA MÍ

Mons. Rafael Llano Cifuentes*

“Cuando sea levantado en lo alto todo lo atraeré hacia Mí”. (Jn. 12, 32). Este texto del Evangelio de San Juan tuvo una importancia extraordinaria en la vida del Fundador del Opus Dei y en su espíritu. Destacado y puesto en relieve por él, con una resonancia y dimensión específicas, acuñó una expresión característica: es necesario *poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*.

Era notorio que la fuerza con la que pronunciaba esas palabras no era meramente humana; la arrancaba de una experiencia íntima que vivió en Madrid el 7 de agosto de 1931.

La locución del 7 de agosto de 1931

Fue en esta fecha, en la Santa Misa, al alzar la Sagrada Hostia después de la Consagración eucarística, que “oyó”, en el tenor latino de la Vulgata: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*.

No nos atreveríamos a aproximarnos en este terreno sagrado si —como Moisés al quitarse las sandalias delante de la zarza ardiendo— no nos descalzásemos nosotros también de esa lógica humana que todo lo quiere

* Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Río de Janeiro, Brasil.

racionalizar y no nos dejásemos guiar por las palabras de quien fue protagonista de esa experiencia.

Escuchemos, con espíritu de extremo respeto, lo que él nos dice:

“7 de agosto de 1931: Hoy celebra esta diócesis la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo (...) Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme (...) vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn. 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el *ne timeas!*, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana (...) Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas.

“A pesar de sentirme vacío de virtud y de ciencia (la humildad es la verdad..., sin garabato), querría escribir unos libros de fuego, que corrieran por el mundo como llama viva, prendiendo su luz y su calor en los hombres, convirtiendo los pobres corazones en brasas, para ofrecerlos a Jesús como rubíes de su corona de Rey”.¹

Las *locuciones* que tuvo el Beato Josemaría Escrivá –y no fueron pocas– eran de tal naturaleza que no se podían confundir con palabras que, por ventura, pudieran venir de su imaginación o de su memoria. Por eso él no dejó de subrayar que lo que escuchó había venido a su pensamiento *con una fuerza y claridad extraordinarias*.

Al mismo tiempo, esta locución fue acompañada por tres sentimientos consecutivos: *temor*, *paz* y *conmoción*: *temor*, por sentirse indigno de recibir una gracia en sí sobrehumana; *paz*, al oír resonar en el fondo de su alma, mansamente, aquel *ne timeas*, soy Yo; y *conmoción* porque Dios es algo tan grandioso, tan sublime que el hombre nunca está preparado para aproximarse a Él. Mons. Escrivá así lo dice hablando en tercera persona: “Ahora comprendemos la emoción de aquel pobre sacerdote que tiempo atrás sintió dentro de su alma esta locución divina: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn, 12, 32)”.²

¹ Apuntes nn. 217 y 218. Cfr. Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei, I. ¡Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 1997, pp. 380-381.

² Cit. en Aranda, A. *El bullir de la sangre de Cristo*, Madrid, Rialp, 2001, p.255.

Es necesario agregar que esta locución concreta tuvo una especialísima significación en la vida y en la Obra de Mons. Escrivá por una razón muy importante: fue como una confirmación y una ampliación de lo que vio en el día de la fundación del Opus Dei.

Él vivió la experiencia sobrenatural del 7 de agosto de 1931, como numerosas veces así lo explicó, en un horizonte claramente fundacional, esto es en estrecha relación con aquel 2 de octubre de 1928 en el que por primera vez “vio” el Opus Dei y aquel 14 de febrero de 1930 en el que supo que el Señor quería en la Obra también mujeres. Aquello que “vio” el 2 de octubre se concretaba en agosto de 1931 y cobraba mayor profundidad: comprendió que serían los hombres y las mujeres de Dios los que levantarían a Cristo en el pináculo de toda actividad humana... Y más aún, vio el triunfo de Cristo atrayendo a sí todas las cosas.³

La narración del hecho sucedido en agosto de 1931, tuvo en la boca del Fundador del Opus Dei diversas variantes, pero todas apuntaban en la misma dirección: la locución venía a corroborar lo que “vio” el 2 de octubre.

Podríamos hacer en ese sentido no pocas citas. Nos limitaremos solamente a una, porque en ella aparece claramente el nexo de unión entre el 2 de octubre de 1928 y el 7 de agosto de 1931. Está recogida en la entrevista a Mons. Escrivá, publicada en *L' Osservatore della Domenica*, 19-V-1968:⁴ “Desde hace muchísimos años, desde la misma fecha fundacional del Opus Dei, he meditado y he hecho meditar unas palabras de Cristo que nos relata San Juan: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*. Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a Sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas”. El texto de San Juan, es evidente, no aparecía de improviso en la vida de Mons. Escrivá de Balaguer, sino que había sido objeto de su meditación –según él mismo dice– desde la fundación misma del Opus Dei. Pero

³ Cfr. Rodríguez, P. “*Omnia traham ad meipsum*. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer”, *Romana*, 13, 1991/12, pp. 332 y ss.

⁴ Reproducida en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, nn. 58-72. El texto que nos interesa es el n. 59.

en el 7 de agosto hay una irrupción de luz de Dios que trasciende a la vez que corrobora aquella repetida meditación.⁵

Los dos significados del *omnia traham ad meipsum*

Mons. Escrivá distingue claramente dos sentidos en el texto de San Juan 12, 32: uno el común y otro nuevo, diferente, que el Señor le dio a entender. Reparemos en el texto siguiente, fundamental para interpretar en profundidad el alcance de la locución recibida el día de la Transfiguración:

“Cuando un día, en la quietud de una iglesia madrileña, yo me sentía ¡nada! —no poca cosa, poca cosa hubiera sido aún algo—, pensaba: ¿Tú quieres, Señor, que haga toda esta maravilla? (...) Y allá, en el fondo del alma, entendí con un sentido nuevo, pleno, aquellas palabras de la Escritura: *et ego, si exaltatus fuero terra, omnia traham ad meipsum* (Jn. 12, 32). Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño..., entonces *omnia traham ad meipsum!* ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!”⁶

Mons. Álvaro del Portillo, en las notas a pie de página que preparó para la Instrucción del 1 de abril de 1934, escrita por el Beato Josemaría, hace alusión a esas dos interpretaciones: “El Señor, con esas palabras que nos ha conservado San Juan en el Evangelio, afirmaba que cuando muriera en lo alto de la Cruz, se haría la obra de la Redención: éste es el sentido literal. La luz nueva que el Padre vio en ese anuncio del Señor fue: hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas honestas, trabajando en medio del mundo, en la calle —somos gentes de la calle— para corredimir con Jesús, para conciliar las cosas del mundo con Dios, para que el Señor atraiga a Sí todo. ¿Y cómo pondremos a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas? Haciendo nuestro trabajo ordinario —cada uno el suyo— lo mejor que podamos, incluso humana-

⁵ Cfr. Rodríguez, P., Loc. cit.

⁶ Cit. en *Romana*, Estudios 1985-19996, p. 261.

mente, por amor de Dios: ahí está la entraña de la Obra. Es la santificación de *todas las actividades humanas*: convertir los quehaceres del mundo –todos, escribe el Padre: nuestro apostolado no conoce límites– en cosa santa, y en medio de santificación propia y ajena”.

Para entender bien la *novedad* de aquel día de agosto de 1931, hay que tener en cuenta que las palabras del Señor transmitidas por San Juan pueden interpretarse, bien desde el prisma propio de la vocación religiosa, del abandono del mundo, o bien desde la perspectiva diferente comprendida por el Fundador del Opus Dei. Según la primera forma de entender el texto, *alzar la Cruz* en la vida de un cristiano sería sinónimo de consagrarse a Dios en el silencio del claustro, lejos de los *avatares de la sociedad de los hombres* para recordar a los demás la existencia de Dios.⁷ Un espíritu que, a veces, se ha representado mediante la tradicional figura del mundo coronado encima por la Cruz.

Sin embargo, lo que el Beato Josemaría comprendió *con fuerza y claridad extraordinarias* es algo muy distinto. Años más tarde, como después referiremos, quedaría representado en el sello de la Obra: la Cruz *dentro* del mundo; no fuera, sino inscrita en la entraña de todas las actividades de los hombres. Dios quiso iluminar al Fundador para que entendiera profundamente que el cristiano, unido a Cristo en la actividad secular, es Cristo en la Cruz, *alzado* ante los compañeros de profesión y ante todo el mundo; es Cristo exaltado en medio de la historia humana, al que los demás pueden *mirar* para *ver* y *ser atraídos*. Hablando con rigor teológico, en aquella Misa comprendió entonces, con especial hondura, que Dios quería que la actividad secular del cristiano –la vida familiar, profesional y social– fuese instrumento de la Redención; es decir, un medio de santificación propia y ajena.

Éste es el espíritu que el Fundador ha transmitido fidelísimamente; un espíritu de incalculable trascendencia para la vida de la Iglesia. Dios quiere que los laicos busquen la santidad en medio del mundo, que sean –cada uno– otro Cristo, el mismo Cristo en medio de los afanes terrenos, para llevar a las almas los frutos de la Redención y para informar

⁷ Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 105.

desde dentro, con el espíritu de Jesucristo, la entera sociedad humana. Dios nos ha llamado (...) a vosotros y a mí –escribía– para que, viviendo en medio del mundo –¡siendo personas de la calle!–, sepamos colocar a Cristo Señor Nuestro en la cumbre de todas las actividades humanas honestas.⁸

Poner la Cruz de Cristo en lo alto de todo lo humano no es un acto sólo externo o social. No se trata de rematar con la Cruz un edificio o un monumento, sino de colocar al Señor *en la entraña de todas las cosas*. No puede ser más expresivo en ese sentido el siguiente pensamiento de Mons. Escrivá: “¡Qué hermosas esas cruces en la cumbre de los montes, en lo alto de los grandes monumentos, en el pináculo de las catedrales!... Pero la Cruz hay que insertarla también en las entrañas del mundo.

“Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas”.⁹

Un foco irradiador

La experiencia vivida en el Patronato de Enfermos, que se grabó de forma tan profunda en el corazón del Beato Josemaría, unida a ese resplandor que provenía del 2 de octubre, fecha fundacional, fue, diríamos, si es posible utilizar una analogía, como un potente foco de luz que iluminó e hizo brotar resplandores de las diferentes facetas de ese diamante de tan valiosos quilates que es el espíritu del Opus Dei.

Cualquier persona que observe objetivamente el espíritu del Opus Dei y su actividad, percibirá inmediatamente que forma un todo coherente. Esa coherencia, sin embargo, no puede entenderse como algo semejante al engarce de piezas hábilmente articuladas por diferentes engranajes. No es así. Si es permitido utilizar un símil humano para explicar cosas divinas, diría que, en sentido diverso, esa coherencia ha

⁸ *Amigos de Dios*, n. 58.

⁹ *Via Crucis*, XI estación, punto 3.

de entenderse mejor como un todo orgánico que brota de una única inspiración creadora. De hecho, lo verdaderamente esencial en el Opus Dei no es algo humano, no es el resultado de la elaboración intelectual de su Fundador, ni la consecuencia de una vivencia ascética o apostólica que sirviese de precedente experimental, sino fruto de una única fuente de inspiración: la inspiración divina recibida por su Fundador el 2 de octubre de 1928, ensanchada y profundizada también en la experiencia de agosto de 1931.

A partir de ahora, vamos a intentar vislumbrar esa experiencia sobrenatural irreplicable, en las diferentes facetas de esa joya que es el espíritu del Opus Dei. Necesariamente la exposición ha de ser reiterativa, ya que es el mismo foco de luz el que hará reflejar los diferentes ángulos de ese brillante radiante, esculpido por Dios utilizando el precioso cincel de un hombre santo.

Otros Cristos

El primer aspecto que queremos abordar es muy sencillo y claro. Mons. Escrivá comprendió que son los hombres y las mujeres los que pondrían a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas, en la medida en que ellos se conviertan en *otros Cristos*.

A la luz de Jn. 12, 32 se entiende muy bien de dónde procedía la insistencia de este hombre de Dios al repetir que los cristianos corrientes –y no sólo los sacerdotes como era más común en la época en que utilizaba ese lenguaje– tenían que ser no sólo *alter Christus*, otros Cristos, sino *Ipse Christus*, el mismo Cristo. Se entiende ese apremiar porfiado porque él, por su vez, se sentía espoleado por la fuerza de aquella locución divina, por aquel imperativo divino que lo empujaba a proclamar: son los hombres y las mujeres que viven en el mundo los que precisamente tienen que colocar a Cristo en el pináculo de la sociedad, siendo ellos *el mismo Cristo*.

No puede ser más claro en ese sentido el siguiente texto: “Aquel día de la Transfiguración, celebrando la Santa Misa en el Patronato de Enfermos, en un altar lateral, mientras alzaba la Hostia, hubo otra voz

sin ruido de palabras. Una voz, como siempre, perfecta, clara: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum!* (Jn. 12, 32). Y el concepto preciso: no es en el sentido en que lo dice la Escritura; te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos, con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos”.¹⁰

Almas de Eucaristía: El día, la Misa

Con absoluta coherencia el Fundador inculcaba que para ser otros Cristos tendríamos que ser *almas de Eucaristía*. Ser otros Cristos, poder decir como San Pablo *mibi vivere Christus est* (Philip. 2, 21) –mi vivir es Cristo–, sólo se podría lograr por medio de esa común unión que representa la Eucaristía.

Mons. Escrivá –al insistir machaconamente que cada uno de nosotros debería poder decir, con San Pablo, *mi vivir es Cristo*. (Philip. 1, 21); “*yo vivo, mas ya no soy yo que vivo, es Cristo que vive en mí*” (Gal. 2, 20)–, añadía al mismo tiempo que esa transformación en Cristo se conseguiría a través de la Eucaristía.

En ese contexto, alguna vez citó a San Agustín cuando en sus *Confesiones* comenta que en la acción de gracias de la Comunión oyó estas palabras de Cristo: “Yo soy el pan de los fuertes, cómeme y vivirás pero no me transformarás en tu propia carne como sucede con el alimento común; tú, por el contrario, te transformarás en Mí”.¹¹ Y el propio Beato Josemaría vivía el contenido de estas palabras. Claramente lo expresaba así en un antiguo documento de la Obra: “Carísimos: Jesús nos urge. Quiere que se le alce de nuevo, no en la Cruz, sino en la gloria de todas las actividades humanas, para atraer a sí todas las cosas (Jn. 12, 32).

“Mas, para cumplir esta Voluntad de nuestro Rey Cristo, es preciso que tengáis mucha vida interior: que seáis almas de Eucaristía, ¡viriles!, almas de oración”.¹²

Ser *viriles* –tomando esta palabra en el sentido en que aquí la usa el

¹⁰ Citado en Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei, I. ¡Señor, que vea!*, p. 380.

¹¹ San Agustín. *Confesiones*, libro VII, 10.

¹² Cit. en *Romana*, Estudios 1985-1986, p. 260.

Fundador, para referirse a la parte del ostensorio que está en contacto inmediato con la Sagrada Hostia—significa que hemos de conducirnos siempre de modo que los demás, mirando nuestra vida y nuestras obras, vean a Cristo, de modo semejante a como el ostensorio nos muestra a Jesús Sacramentado.¹³

Vamos, pues —decía—, a pedir al Señor que nos conceda ser almas de Eucaristía, que nuestro trato personal con Él se exprese en alegría, en serenidad, en afán de justicia. Y facilitaremos a los demás la tarea de reconocer a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas. Se cumplirá la promesa de Jesús: “Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia Mí”.¹⁴

El Beato Josemaría aprovechaba innumerables ocasiones para insistir en la misma idea. Veamos, por ejemplo, lo que bellísimamente dice en una homilía del Corpus Christi: “Junto a esa procesión solemne de este jueves, debe estar la procesión callada y sencilla, de la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina de conducirse de tal modo que renueve el mensaje del Señor en la tierra (...) y (...) contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas”.¹⁵

Siendo custodias vivas, portadores de Cristo por las calles del mundo, “se cumplirá la promesa de Jesús: ‘Yo, cuando sea levantado sobre la tierra, todo lo atraeré a Mí’”.¹⁶

Para ser sagrarios vivos se requiere el empeño por tratarle mucho, con verdadera intimidad, en la Eucaristía; el esfuerzo por ofrecer una y otra vez el trabajo, en unión con el Santo Sacrificio de la Misa; el afán, constantemente renovado, de poner en la patena, cada jornada, todo lo que realizamos, sabiéndonos *cuerpo de Cristo* como decía San Pablo (I Cor. XII, 27), miembros suyos, instrumentos para corredimir a todas las almas. Así, nuestra jornada entera será *una Misa*: nos identificaremos más y más con Jesús, y nuestros amigos y colegas, al trabajar codo con

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 156.

¹⁵ *Ibidem.*

¹⁶ *Ibidem.*

codo a nuestro lado, podrán descubrir, en medio de nuestras personales flaquezas, los rasgos inconfundibles de Cristo Señor.

No nos olvidemos de que fue precisamente en la Santa Misa, después de la consagración, al levantar la hostia, como si levantase a Jesús en un pináculo, cuando el Fundador comprendió con hondura las palabras en las que Jesucristo anunciaba su triunfo en la Cruz. Ese triunfo, ese atraer hacia sí todas las cosas, está, pues, íntimamente relacionado con el Sacrificio del Altar.

Tuve la ocasión de participar de bastantes Misas del Beato Josemaría y alguna vez ayudar a esa Misa. Yo puedo también constatar, como tantos otros lo hicieron, que impresionaba su actitud, el tono de su voz, el aspecto de su semblante, la manera de mirar, de recogerse, la forma pausada con la que recitaba la Oración Eucarística, y especialmente su gesto, decidido, de alzar la hostia y el cáliz lo más alto posible, como si quisiese físicamente alzar a Cristo sobre todas las realidades terrenas.

Filiación divina

Transformarse en Cristo significa ser con Él realmente hijo del mismo Padre Celestial. Ser otros Cristos es vivir plenamente la filiación divina. La vivencia de la filiación divina es algo que estaba en lo más íntimo del alma del Beato Josemaría. Es reconocido que el Opus Dei fue la primera institución de la Iglesia que –por voluntad de su Fundador– constituyó oficialmente la filiación divina como fundamento de toda su espiritualidad. Y esta conciencia profunda de la filiación divina le vino a través de la oración más subida que tuvo en su vida. Fue precisamente en medio de la calle, en Madrid, en octubre de 1931:

“Sentí la acción del Señor, que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abba, Pater!* Estaba yo en la calle, en un tranvía (...) Probablemente hice aquella oración en voz alta.

“Y anduve por las calles de Madrid, quizá una hora, quizá dos, no lo puedo decir, el tiempo se pasó sin sentirlo. Me debieron tomar por loco. Estuve contemplando con luces que no eran mías esa asombrosa

verdad, que quedó encendida como una brasa en mi alma, para no apagarse nunca”.¹⁷

“Se imprimieron a fuego las palabras del Salmo: ‘*Filius meus est tu*’, Tú eres mi hijo, Tú eres Cristo”.¹⁸

“Tú has hecho, Señor, que entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría (...); tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios”.¹⁹

En aquel momento, el profundo sentimiento de la filiación divina le hizo comprender que ser hijo de Dios es identificarse con Cristo por medio de la Cruz. Es así como realmente conseguiremos colocar a Cristo en la cumbre y en la entraña de todas las actividades: siendo hijos de Dios, identificados por esa filiación con Jesucristo, el Hijo Unigénito del Padre, clavados en la Cruz de cada día, santificándonos en nuestro quehacer ordinario en medio del mundo.

Así entendió Mons. Escrivá que el cristiano, precisamente en cuanto unido a Cristo en la actividad secular –santificando el trabajo y santificándose en el trabajo–, se convierte en el propio Cristo –*ipse Christus*– redimiendo todas las cosas por la Cruz, levantándolo por encima de todas las realidades terrenas. De este modo Cristo –glorificado en el ápice de la historia humana– podría atraer a Sí el universo entero.

Un episodio de Juan Pablo II, ocurrido en Roma, trajo a mi memoria inmediatamente el amor con el que el Beato Josemaría se abrazaba a la Cruz y la cargaba con garbo. Tuvo lugar en la visita *ad Limina* que hicimos los obispos del estado de Río de Janeiro en 1995. Concelebrábamos la Santa Misa con el Sumo Pontífice en su Capilla particular. Y, en el momento de la acción de gracias, arrodillado delante del altar, de repente, dijo algo inesperado, porque las palabras no formaban parte del texto litúrgico del día: “*Cum exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum*. Si tengo que llevar la Iglesia hasta el tercer milenio, la llevaré cargando la Cruz”.

¹⁷ Cit. en Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei, I. ¡Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 1997, pp.389 - 390.

¹⁸ Artículos nn. 70, 255, cit. por Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei, I. ¡Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 1997, p. 390.

¹⁹ Cit. en Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 125.

Me dio un vuelco el corazón. Parecía el propio Beato Josemaría hablando en alta voz. Las palabras del Papa unían el texto citado de San Juan con el carácter redentor de la Cruz. No sé por qué dijo aquello. Pero como en aquel tiempo, como ahora, estaba sufriendo el peso y los dolores de su enfermedad, pensé enseguida que estaba ofreciendo su cruz por esa deseada renovación de la Iglesia en la entrada del tercer milenio.

En aquel momento me pareció entender que en el Papa, tanto como en el espíritu de Mons. Escrivá de Balaguer, había tres proposiciones recíprocamente correlativas: amar la Cruz, identificarse con Cristo y redimir el mundo.

Secularidad

Hay una unidad tan grande y sorprendente en todo el espíritu del Opus Dei que unos aspectos dimanaban de los otros connaturalmente y, al mismo tiempo, se complementan como las diferentes caras de una piedra preciosa. Y es exactamente así cómo la secularidad viene a engarzarse en todas y en cada una de esas facetas con absoluta naturalidad.

Cuando se refiere a aquella iniciativa del Señor, en la que imperiosa y tiernamente le hizo sentir la filiación divina, el Fundador subraya enfáticamente que fue en un tranvía, en medio de la calle, para indicar así al mismo tiempo que los miembros del Opus Dei han de *ser contemplativos en medio del mundo* porque precisamente *su celda es la calle*. No perdía ninguna oportunidad para recalcar la secularidad como característica genuina del Opus Dei.

Su amor por el mundo, lo incitaba continuamente a realizar lo que oyó en el Patronato de Enfermos: colocar a Cristo en la cumbre de todas las actividades. Parece que barajaba las palabras, utilizando sinónimos y analogías, para querer expresar esa ardiente decisión de llevar a cabo la misión recibida: usaba la expresión “en la cumbre” tanto como “en el pináculo”, o “en la exaltación”, o “en lo alto”, o “en la entraña”, o “en la gloria de todas las actividades”.²⁰

²⁰ Cit. en Aranda, A. *El bullir de la sangre de Cristo*, p. 256.

Esa reiteración tenía un objetivo: subrayar que la Obra no trabajaba de fuera para dentro en la sociedad –en el *século*, como se acostumbraba a decir– sino exactamente al contrario, precisamente *desde dentro* del mundo, *en y a través* de las cosas del mundo. Mons. Escrivá tenía aversión a un modo de decir que le parecía absolutamente inadecuado para el Opus Dei: “penetrar en el mundo”: no penetramos en el mundo, porque ya estamos dentro de él, decía, como el fermento –hecho de la misma harina– en la propia masa: “no nos separa del mundo ni la espesura de un papel de fumar”.

El 8 de octubre de 1967, como gran Canciller de la Universidad de Navarra, en la Misa celebrada en su *campus*, ante 25.000 personas; pronunció una homilía de capital importancia para la espiritualidad secular. Abriendo nuevos horizontes teológicos acuñó una expresión original que sintetiza su pensamiento y define su espíritu de una manera breve, concisa y gráfica: Es necesario *amar apasionadamente al mundo*. Él amaba apasionadamente al mundo porque amaba apasionadamente a Jesucristo al que tenía que colocar en *la cumbre, en la cúspide, en la entraña, en la médula, en la gloria del mundo*.

En el primer cuadrante del siglo XX, en la época en que fue fundado el Opus Dei –y aún hoy– no pocos pensaban, fundados en conceptos pseudoteológicos, que el mundo y sus actividades era algo absolutamente peligroso. Aprendieron que el mundo es el primer enemigo del alma y sobre esta verdad fragmentaria –sin hacer la debida distinción entre el mundo y lo mundano– edificaron todo su comportamiento. Su posición delante del mundo será, en consecuencia, defensiva: por temor a la contaminación se tornan inhibidos y apostólicamente estériles. Mons. Escrivá, con una vigorosa valentía intelectual y un incisivo discurso teológico, se insurge delante de esos inhibicionismos y abstencionismos. Proclama enérgicamente –anticipándose en muchos años al pensamiento del Concilio Vaticano II– que a los laicos “les corresponde de forma específica la tarea inmediata y directa de ordenar las realidades temporales a la luz de los principios doctrinales enunciados por el Magisterio.”²¹ Como misión peculiarísima, el laico, inmerso en todas las actividades

²¹ *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 11.

humanas, “recibe de Dios la misión de santificar al mundo de dentro para fuera, permaneciendo en medio de las estructuras”.²² En el propio corazón del mundo, donde la humanidad sufre y se alegra, trabaja, progresa y crea, es donde el cristiano corriente debe ser “fermento en la masa”. Mons. Escrivá entiende que el cristianismo, por su propia fuerza de expansión, no se concibe como algo que pueda ser circunscrito en el recinto de la conciencia, a la sombra de las iglesias o a las cuatro paredes del hogar; el cristianismo tiene una concepción tal de la Verdad, del hombre y del mundo que esencialmente se reconoce a sí mismo en el deseo de inundar las calles, las plazas, el universo laboral, técnico y científico, la sociedad y sus instituciones todas: *ser una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad; colocar a Cristo en la cúspide de todas las actividades humanas.*

Ésta era la misión que Dios tenía reservado para el Fundador. Un divino apasionamiento que lo impulsaba a santificar no sólo lo espiritual sino también lo material, reavivó su natural instinto creador para troquelar, también en la misma homilía, otro arquetipo teológico sin parangón: “*el materialismo cristiano que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu*”. El cristiano corriente estaba destinado a santificar el trabajo humano, a proclamar la dignidad y la grandeza del mundo material, a convertir lo material en instrumento de lo espiritual, a aglutinar en una unidad sencilla y fuerte, sólida e inseparable, lo humano y lo divino, el trabajo y la oración, para llegar a ser *contemplativos en medio del mundo*: transformando –como Jesús, María y José, en Nazaret– el trabajo bien hecho en canto de alabanza; convirtiendo, como le gustaba decir, *la prosa diaria en verso heroico*: ése era su *materialismo cristiano*: espiritualizar lo material, no secularizar lo espiritual; *dar liebre por gato, en vez de gato por liebre*, como jocosamente comentaba.

²² *Ibidem*, n. 60.

Un símbolo gráfico: la Cruz insertada dentro del mundo

Toda esta riquísima doctrina traza el perfil de una estructura teológica nueva. El Opus Dei no es un fenómeno devocional. Es un fenómeno teológico de gran envergadura que inserta la renovación de la sociedad en la economía de la Redención; que quiere salvar el mundo no desde fuera sino desde su médula, a partir de su esencial eje diamantino.

Esta idea, en cierta forma compleja, Dios mismo quiso plasmarla en una imagen sencilla y gráfica a la que ya nos referimos antes: un mundo, representado por un círculo, abrazado en su interior por una cruz, cuya asta vertical se extiende por la entera dimensión de su diámetro. Es la Cruz de Cristo que dimensiona el mundo, que ciñe el mundo, que redime el mundo...

Esta representación plástica vino a convertirse en el sello identificador del Opus Dei y fue fruto de otra experiencia sobrenatural, vivida durante la Santa Misa del 14 de febrero de 1943, celebrada en un centro del Opus Dei para la labor apostólica con mujeres en conmemoración de aquel otro 14 de febrero de 1930, fecha en la que fue fundada. Allí, escribe, “después de buscar y no encontrar la solución jurídica (para incluir los sacerdotes en la Obra) el Señor quiso dárme la, precisa y clara”.²³ Nació así la *Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, que vendría a formar parte inseparable del Opus Dei.

Dio gracias por la delicadeza de Nuestro Padre Dios al elegir esa misma fecha para mostrar la unidad de la Obra y de sus apostolados, coronándola con la Cruz, y para evidenciar que el espíritu laical de hombres y mujeres tenía también una vertiente sacerdotal.²⁴

Al mismo tiempo que le fue mostrada esa solución jurídica, recibió un regalo de Dios: el sello del Opus Dei. Tampoco fue esto algo que imaginó, sino algo que vio claramente de forma sobrenatural. Tanto es así que, después de la Misa, determinó con la ayuda de un arquitecto, las proporciones exactas de los brazos de la Cruz y su colocación dentro

²³ Cit. en Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 233.

²⁴ Cfr. Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 223.

Un símbolo gráfico: la Cruz insertada dentro del mundo

Toda esta riquísima doctrina traza el perfil de una estructura teológica nueva. El Opus Dei no es un fenómeno devocional. Es un fenómeno teológico de gran envergadura que inserta la renovación de la sociedad en la economía de la Redención; que quiere salvar el mundo no desde fuera sino desde su médula, a partir de su esencial eje diamantino.

Esta idea, en cierta forma compleja, Dios mismo quiso plasmarla en una imagen sencilla y gráfica a la que ya nos referimos antes: un mundo, representado por un círculo, abrazado en su interior por una cruz, cuya asta vertical se extiende por la entera dimensión de su diámetro. Es la Cruz de Cristo que dimensiona el mundo, que ciñe el mundo, que redime el mundo...

Esta representación plástica vino a convertirse en el sello identificador del Opus Dei y fue fruto de otra experiencia sobrenatural, vivida durante la Santa Misa del 14 de febrero de 1943, celebrada en un centro del Opus Dei para la labor apostólica con mujeres en conmemoración de aquel otro 14 de febrero de 1930, fecha en la que fue fundada. Allí, escribe, “después de buscar y no encontrar la solución jurídica (para incluir los sacerdotes en la Obra) el Señor quiso dármela, precisa y clara”.²³ Nació así la *Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, que vendría a formar parte inseparable del Opus Dei.

Dio gracias por la delicadeza de Nuestro Padre Dios al elegir esa misma fecha para mostrar la unidad de la Obra y de sus apostolados, coronándola con la Cruz, y para evidenciar que el espíritu laical de hombres y mujeres tenía también una vertiente sacerdotal.²⁴

Al mismo tiempo que le fue mostrada esa solución jurídica, recibió un regalo de Dios: el sello del Opus Dei. Tampoco fue esto algo que imaginó, sino algo que vio claramente de forma sobrenatural. Tanto es así que, después de la Misa, determinó con la ayuda de un arquitecto, las proporciones exactas de los brazos de la Cruz y su colocación dentro

²³ Cit. en Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 233.

²⁴ Cfr. Vázquez de Prada, A. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 223.

del círculo, de acuerdo con el modelo que Dios le había mostrado: se veía claramente que quería fijar en el papel la imagen que había visto en la Misa. Y así quedó marcado para siempre.

Era un repique insistente sobre la exigencia divina de meter la Cruz de Cristo y en el corazón del mundo, pero al mismo tiempo era como una lección magistral sobre el papel que los sacerdotes desempeñarían en la Obra.

Puedo constatar con mi experiencia pastoral y la de muchos obispos amigos, el bien que hace la “*Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*”, en tantas y tantas diócesis de los cinco continentes: formando el clero diocesano, dándole recursos humanos y espirituales para conseguir su santidad personal y su fecundidad apostólica. Ellos también están concurriendo, de hecho, en muchos estratos sociales, para que la Cruz se dilate y llene las enteras dimensiones de esa esfera que representa el orbe humano.

Universalidad y expansión

Cristianizar el mundo material era para él sinónimo de cristianizar todas las estructuras sociales, abrazar el universo con la Cruz. El Fundador del Opus Dei “oyó” el versículo de Juan, como ya dijimos, en el tenor literal de la Vulgata, tal como la leía y meditaba entonces la Iglesia. Según el texto griego que leyó San Jerónimo, autor de la Vulgata, aparece la expresión *tá pánta, omnia* en latín, *todas las cosas*, en castellano, manifestando el aspecto cosmológico de la redención. La frase *todas las cosas*, incluía en su significado natural *todos los hombres –omnes*, en latín– revelando el aspecto antropológico, como aparece hoy en la nueva versión de la Vulgata.²⁵

Había que redimir todas las cosas –*materialismo cristiano*– y todos los hombres a través de un apostolado universal, vibrante, irreprimiblemente expansivo...

Y con esa fe viva y avasalladora que caracterizaba a ese hombre

²⁵ Cfr. Rodríguez, P. Loc. cit.

santo, se lanzó con todas sus fuerzas para colocar realmente a Cristo en la cumbre de todas las profesiones, de todos los estados de vida, de todos los estratos sociales, de todos los firmamentos geográficos.

Quien haya conocido a Mons. Escrivá podrá inmediatamente testimoniar su ardor apostólico.

Con frecuencia abría los brazos como queriendo abrazar al mundo entero y a los hombres todos.

Allá por los años de 1949 ó 1950, algunos de nosotros le oímos hablar de algo que despertaba nuestra imaginación y nuestros sueños juveniles: “¡Tenéis que hacer de la tierra un trigal, de polo a polo, desde el Canadá hasta la Tierra del Fuego!”

En esa frase, como en mil otras parecidas, latía con fuertes pulsaciones aquel imperativo divino: “Quiero que se me levante en la gloria de todas las actividades humanas”.

Él condensaba estas ansias evangelizadoras en aquel mensaje evangélico: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*—“Fuego vine a traer a la tierra y qué otra cosa deseo sino que todo arda”— (Lc. 12, 49). Es muy significativo que, precisamente después de escuchar las palabras en la Santa Misa del 7 de agosto de 1931, inmediatamente anotase que “quería escribir unos libros de fuego que corrieran por el mundo como llama viva (...) convirtiendo los pobres corazones en brasas”.

Ese deseo de convertir la tierra en una gran hoguera de amor, esas ansias de introducir a Cristo hasta en los últimos confines de la tierra, hasta el final de los tiempos, vibraban en la imagen a la que acudía, ya en 1935, para describir la proyección del Opus Dei en el tiempo diciendo que lo veía hacer en la historia de la humanidad un surco profundo y ancho, luminoso y fecundo. Esta premonición histórica parece que puede conjugarse con lo que él vio con ocasión del primer círculo de formación realizado en la Obra en 1933. Sólo fueron tres estudiantes, pero él nos decía que, al dar la bendición con el Santísimo, *no vio tres, sino trescientos, trescientos mil, blancos, negros, amarillos, de todos los colores...*²⁶ Y cuando nos hablaba de este acontecimiento, con nuestros pocos años, nos brillaban los ojos de emoción al dejarnos

²⁶ Cfr. Sastre, A. *Tempo de caminhar*, Lisboa, Ed. Diel, 1994, p.145.

transportar hacia el futuro, sobre las espaldas de una fe tan viva que era capaz de trasladar montañas...

No éramos muchos; no se había ido aún a ningún país de América del Sur, se acababa de comenzar la labor en México, era incipiente en los Estados Unidos, y él nos hablaba de soñar con un trigal extendido del Canadá a la Tierra del Fuego... Y nos convidaba a soñar con tres mil, con trescientos mil... Todo eso nos parecía humanamente imposible... Pero no dudábamos. Nos apoyábamos en la fe del Fundador.

Avivó más tarde ese sueño maravilloso aquella bendición patriarcal –¡inolvidable!– que nos impartió en San Pablo.

“Que os multipliquéis:

– “Como las arenas de vuestras playas.

– “Como los árboles de vuestros bosques.

– “Como las flores de vuestros campos.

– “Como los granos aromáticos de vuestro café...”

– “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”.

Cuando, en la soleada mañana del 17 de mayo de 1992, día de su beatificación, descubrieron en la Plaza de San Pedro el gran repostero con su figura sonriente, mirando hacia la multitud que desbordaba la Plaza de San Pedro, de todas las procedencias y colores –*L’Osservatore Romano* habló exactamente de trescientas mil personas– parecía decirnos con su sonrisa: “¿No estáis constatando hoy lo que os decía tantas veces? ¿No comprendéis ahora por qué ya en 1933 os decía que veía trescientos mil de todas las razas?... ¿No será necesario que a partir de este momento volváis a soñar con los tres millones...? ¿No os mueve esto a continuar luchando para poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas?”

Quiero, al final de estas palabras, agradecer sentidamente a los organizadores de este Congreso el hecho de designar como título para esta conferencia el lema del blasón episcopal que por tantas razones entrañables e importantes decidí escoger: *Omnia traham ad meipsum* –Cuando sea levantado en lo alto, todo lo atraeré a Mí–.

En el escudo, detrás de una Cruz que corona una cumbre, quedó estampado el manto azul, tachonado de estrellas, de la Virgen de Guadalupe tan unida a la vida del Beato Josemaría. A su lado, allá en

México, vino a saber después de muchas horas de oración delante de su imagen, que Ella le había concedido la gracia que tan insistentemente le pidió durante muchos años: que en el estatuto jurídico de la Obra quedase asegurado su carácter secular, para que, dentro del propio mundo, los que forman parte del Opus Dei, cristianos corrientes de cualquier profesión y estado, pudiesen contribuir a colocar a su Hijo en la cumbre de todas las actividades humanas.

Desearía que todos nosotros, para terminar, supiésemos también invocar a aquella que Juan Pablo II denominó “Estrella de la nueva evangelización”:

Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de América Latina, ruega por nosotros.

Nuestra Señora de Luján, Patrona de la Argentina, ruega por nosotros.